

Históricas Digital

Juan A. Ortega y Medina

“La verdad y las verdades en la historia”

p. 9-16

El historiador frente a la historia
Corrientes historiográficas actuales

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

148 p.

(Divulgación 1)

ISBN 968-36-7984-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2023

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes_historiograficas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

EL HISTORIADOR FRENTE A LA HISTORIA
CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES

1990



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



LA VERDAD Y LAS VERDADES EN LA HISTORIA

JUAN A. ORTEGA Y MEDINA*

Voy a dividir la plática que nos ha reunido en este recinto del Instituto de Investigaciones Históricas en tres secciones o partes.

En la primera abordaré el problema –reflejado en el título– que se refiere a la doctrina de la verdad y a las verdades en la historia; en la segunda discutiré sobre el circunstancialismo y perspectivismo histórico, o sea, la historia como vida; y en la tercera analizaré, muy brevemente, el contenido de algunas de mis investigaciones históricas y me referiré a la manera como surgieron, a qué método utilicé y cuál es el mensaje que contienen.

Comenzaré, por consiguiente, definiendo ese acontecer que llamamos, sin mayores trámites, historia; empero es bien sabida la dificultad que entraña cualquier definición y más si se trata de definir una ciencia como la histórica, tan difícil de aprender y de enseñar, según apuntaba Ortega y Gasset. Me limitaré, por lo mismo, a subrayar el papel de esta ciencia ideográfica, interesada en conocer al hombre, midiendo en lo que éste hizo ayer y en lo que continúa haciendo hasta el día de hoy. El hombre, ente genérico, ha hecho cosas: cosas no siempre racionales, pues la sinrazón e inclusive la racional irracionalidad han movido el acontecer, como en su tiempo vieron con claridad un Voltaire o un Hegel, cuando se referían a los crímenes de la historia, y como también hoy podemos comprobar con sólo reparar en cualquier punto del globo terráqueo, en donde los conflictos humanos constituyen la tónica general.

La historia se ocupa de lo que fue y ya no es, y las verdades que ella maneja están condicionadas por las circunstancias históricas que les han dado origen, y por el punto de vista o perspectiva del historiador que las analiza. Circunstancialismo y perspectivismo que ponen en duda la validez de la “Verdad”, es decir que, para afirmar esta validez, hay que negar la historia, que es relativización, condicionamiento. La verdad concreta (que es ribimos con minúscula) se nos presenta condicionada históricamente pero, por otro lado, la Verdad (con mayúscula) rechaza cualquier forma de condición.

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Si nos referimos a la primera, la verdad con minúscula, ésta se halla condicionada internamente por la historia de la misma historia y externamente por la situación social, religiosa, política, económica, etcétera. La verdad de hoy –lo mismo que la de mañana– parece condenada a correr la misma suerte que la de ayer: ser desalojada por una nueva verdad. Los científicos actuales tienen plena conciencia de ello y lo declaran expresamente. Por ejemplo A. Einstein y L. Infeld, en su obra, *La física, aventura del pensamiento* (Buenos Aires, Editorial Losada, 1945), afirman: “En nuestro gran libro de misterios no existen problemas total y definitivamente resueltos...” (p. 49), “... la ciencia no es, ni será jamás, un libro terminado. Todo avance importante trae nuevas cuestiones. Todo progreso real revela, a la larga, nuevas y más hondas dificultades” (p. 350-351). Estos son hechos y no mera teoría, y sólo pueden negarlos quienes padezcan de ceguera.

Desde el punto de vista empírico, no menos que desde el historicista, puede observarse que la gente reverencia, sin entenderlos, muchos sustantivos abstractos, cuando de lo que se trata es de la sublimación de situaciones o entes concretos. Así, por ejemplo, el patriotismo de algunos les ha inducido a hipostasiar en un mundo celeste sustantivos abstractos que encarnarían la “esencia” de su nacionalidad y que quedan así a salvo de los vaivenes de la vida y de las altas y bajas de la historia. Se habla, pongamos por caso, de la hispanidad o la mexicanidad o la peruanidad como aspectos ajenos a los españoles, mexicanos o peruanos de carne, hueso y espíritu. Proyectamos estos términos a un mundo celestial en donde se resisten a todo cambio y pretenden tener la misma esencia que el concepto de “triangularidad”, que no admite la pérdida de un ángulo o la incorporación de un cuarto ángulo, porque los triángulos tienen una naturaleza semejante a la propia triangularidad, esto es, no pueden cambiar sus notas específicas. En cambio los españoles, mexicanos y peruanos pueden cambiar sus características específicas y, en verdad, están cambiándolas en este momento y seguirán haciéndolo por el resto de la historia. Porque son hombres, y en cuanto tales, ellos y todo lo que hacen están sumergidos en la historia, llevan la temporalidad en las entrañas.

La Verdad (con mayúscula) es la cristalización de las verdades particulares surgidas de la experiencia humana a través de la historia. Los tres entes abstractos citados, así como otros muchos que podríamos añadir, son conceptos forjados a partir de verdades concretas. Al olvidar luego su origen se ha pretendido cortar las amarras que los unían a la realidad, en la creencia de que tales ligaduras eran impedimentos y no el sostén mismo de su existencia. Las verdades, insistimos en este punto, existen en un momento histórico determinado. Que una doctrina sea verdadera quiere decir que soluciona los problemas o las cuestiones que en ese momento se plantean. Nuevos descubri-

miento o nuevas situaciones humanas acarrearán inmediatamente nuevos problemas. La doctrina que era verdadera cederá su puesto a otra que sea capaz de dar razón tanto de las situaciones nuevas como de las viejas. Y en esto consiste el progreso o el desenvolvimiento histórico de la verdad. La “vieja” teoría nunca desaparece por completo: vive en la entraña de la nueva, que jamás podría haber surgido sin la anterior. La historia de la ciencia no es más que una descripción de este proceso.

Debemos añadir que la verdad no sólo se da en una situación histórica, sino dentro de un contexto de verdades, pues no hay verdades aisladas. Más aún, la verdad debe poder realizarse en la historia; es decir, debe poder estar representada por verdades concretas. Carecería de sentido y podría resultar incomprensible una verdad totalmente inalcanzable, lo mismo que un ideal totalmente irrealizable; empero, en contraposición a lo anterior, la verdad no podrá realizarse jamás en forma total y definitiva. Dicho en otras palabras, la verdad tiene los caracteres que Croce atribuye al concepto: es *omni* y *ultra* representativa. El primer carácter mantiene a la Verdad en contacto permanente con la verdad; el segundo revela su naturaleza dinámica y el proceso de su constante ensanchamiento, que impide que las verdades concretas logren jamás cubrir la totalidad de su territorio.

Semejantes caracteres no son exclusivos de la verdad. La belleza, la ciencia, la libertad, la filosofía, la democracia, el arte, y muchos conceptos de igual categoría, comparten con la verdad su carácter dinámico, inacabado, y son, igual que ésta, *omni* y *ultra* representativos. Al tratar con estos conceptos se corre el peligro de caer en los siguientes extremos igualmente peligrosos: a) negar su existencia; b) petrificarlos o hipostasiarlos. En el primer caso renunciamos, sin razón, a una guía orientadora; en el segundo, tratamos como axioma lo que en realidad es un postulado y desnaturalizamos la investigación al inquirir por la “esencia inmutable” de algo que es cambiante y expansible.

Este carácter expansible de la verdad impide que una doctrina determinada se convierta en la verdad suprema y definitiva, impide que haya una filosofía perenne. La única posibilidad de que una filosofía, o una teoría filosófica, adquiera permanencia es que se incorpore a la historia. Verdadera no será aquella doctrina que las generaciones futuras repitan al pie de la letra, sino aquella otra que no podrán dejar de tomar en cuenta para descubrir nuevas verdades. En suma, la verdad tendrá que ir integrándose a lo largo de la historia, porque la realidad que ella contempla está en constante desarrollo y expansión. Ninguna doctrina particular puede ser definitiva porque no es definitivo ninguno de los momentos del proceso de desenvolvimiento de la realidad total (Risieri Frondizi, “La Verdad y la Historia”, en *Cuadernos Americanos*, 195.)

Circunstancialismo y perspectivismo histórico. La historia como vida

Aunque en la primera parte o periodo de nuestra plática aludimos a la relativización condicionada de la historia, debemos meditar nuevamente sobre ello. Fue la publicación española, *Revista de Occidente*, dirigida por Ortega y Gasset, la propagadora dentro de la cultura hispánica (española e iberoamericana), de las tendencias ratiovitalistas de la historia. En México, con el arribo del filósofo José Gaos y del historiador Ramón Iglesia se fortaleció la incipiente orientación historicista que Edmundo O’Gorman y Justino Fernández habían iniciado a partir de la lectura de la revista citada y las publicaciones históricas patrocinadas por la famosa publicación española.

El primer objetivo de la escuela historicista fue combatir tenazmente en contra del positivismo dominante en México, representado por brillantes historiadores científicos. autores de obras importantes cuya aspiración máxima era la suprema objetividad y a ella sacrificaban, si era necesario, la vitalización o humanización de la tarea histórica. Para los representantes del método historicista la construcción histórica no era un meticuloso y agobiante trabajo de cal y canto sobre el cual habría de erigirse la historia como una estructura inmutable, sino que era, más bien, como un juego de perspectivas. Se trataba, además, de hacer una historia interesada en los significados humanos que poseen los hechos históricos. La pregunta fundamental se refería a la inteligibilidad del pasado, al que se interpela en función del ente vivo y cierto de dicho pasado: el hombre. El objetivo del historiador es uno y esencial: comprender al hombre, sin intentar enjuiciarlo y aun menos regañarlo, como censuraba Croce. “La historia –escribía Huizinga– es, de todas las ciencias, la que se acerca más a la vida. En esta relación indestructible con la vida reside para ella su debilidad y su fuerza. Hace variables sus normas, dudosa su certidumbre; pero, al mismo tiempo, le da su universalidad, su importancia, su gravedad.”

Se exige del nuevo tipo de historiador no solamente sapiencia y erudición, pues esto es sólo el comienzo, sino especialmente simpatía y comprensión, sin las cuales la historia se convierte en mera arqueología. La justipreciación de los hechos depende de la peculiar perspectiva en que esté situado el observador. Este perspectivismo crítico-histórico de raíz orteguiana es aceptado por el historiador historicista, y consiste, vale la pena insistir en esto, en la aplicación del perspectivismo del filósofo madrileño al territorio de la historia. El *problema de nuestro tiempo* será, por consiguiente, la observación de la realidad histórica desde una cierta perspectiva. Ésta, en tanto que componente esencial de la realidad histórica, obra de tal forma que dicha realidad resulta siempre

cambiante, distinta; como cambiantes y distintos son los puntos de vista o enfoques crítico-históricos. Esta radical y notable apreciación y esta caracterización son posibles porque “la verdad histórica –como escribe Iglesia– no es una, sino múltiple, según los lugares y las épocas” (*Jornadas* 51, p. 18). El grave y sentencioso filósofo y maestro, Juan de Mairena, dirigiéndose a sus alumnos decía: “...para nosotros, el pasado es lo que vive en la memoria de alguien, y en cuanto actúa en una conciencia, por ende incorporada a un presente y en constante función de porvenir. Visto así –prosigue– y no es ningún absurdo que así lo veamos, lo pasado es materia de infinita plasticidad, apta para recibir las más variadas formas”.

Siendo como es la historia el conocimiento más cercano a la vida, síguese de aquí que será la ciencia más expuesta a los cambios, variaciones y reflujos. La historia no puede sustraerse al ambiente en que se la escribe: en primer lugar, por la inmersión del historiador en un ambiente que hoy es distinto del que era ayer, como también era distinto al de mañana; en segundo lugar, porque la tan apellidada y socorrida imparcialidad histórica no existe ni ha existido jamás. Todos los historiadores son, aunque afirmen lo contrario, parciales a su modo; la parcialidad, el punto de vista propio, son factores ineludibles en la apreciación de los hechos humanos y por lo tanto en su relato, que es la obra histórica. La personal ecuación de cada autor y su complejo de ideas y sentimientos condicionan su manera de mirar las cosas y no nos garantizan en modo alguno ni la objetividad ni la imparcialidad. El historiador historicista rehaza la pretensión de la historiografía científicista de asegurar la existencia de una verdad exclusiva, única, que se puede alcanzar, y de la que se infiere la pretendida imparcialidad.

Si la historia es vida y ésta se presenta siempre como conflicto, lucha y tensión, se sobreentiende que la historia, que relata tales crisis tiene que ser apasionada, combativa y parcial. Cada generación busca una respuesta, un saber de sí misma, una comprensión, supuesto que el pasado al que interroga no es, ni más ni menos, que su propio pasado el que la constituye. “El pasado humano –escrive Edmundo O’Gorman– en lugar de ser una realidad ajena a nosotros es nuestra realidad y si concedemos que el pasado humano existe, también tendremos que conceder que existe en el único sitio en que puede existir: en el presente, es decir en nuestra vida” (“Consideraciones sobre la verdad en la Historia”, en *Filosofía y Letras*, n. 20, octubre-diciembre de 1945, p. 245-254.) El pasado no es un pasado cualquiera, sino que es un pasado propio, lo que nos constituye. “En esto consiste –prosigue O’Gorman, citado por Iglesia– la experiencia vital de la historia; en esto radica la más profunda y, en realidad, la única misión del saber histórico, porque gracias a esa convicción, a ese sentir el pasado como algo propio es posible referir ese conocimiento a lo

más íntimo y definitivo del sujeto que es su ser” (Ramón Iglesia, *Letras de México*, marzo-abril, 1940).

Conocido es el rechazo que hace Lucien Febvre (*Combats pour l'histoire*) del historiador que se rehusa a pensar el hecho humano, que protesta la sumisión pura y simple a los hechos, como si los hechos no estuvieran fabricados por él, como si no hubieran sido elegidos (seleccionados) previamente por él. No menos absurdo es el empeño pseudolegalista de la escuela histórica positivista de hacernos creer que a los hechos basta con acumularlos y ordenarlos para que éstos hablen por sí solos. Error mayúsculo, ironiza Ramón Iglesia, supuesto que el historiador científico “al asestar este enorme prejuicio dice que está libre de prejuicios” (*Jornadas* 51, p. 11). “Los documentos, las fuentes –prosigue Iglesia– no hablan por sí mismos, pues sus lenguas son múltiples según las personas que los manejan” (*ibidem*, p. 15).

Reunir paciente, meticulosamente, una abundante documentación (la materia prima, digamos) sobre no importa qué tema o institución, para darse simplemente el gusto de imprimirla, es tan sólo responder al vano afán de publicar documentos inéditos. Más aún, al actuar así, el compilador erudito no quiere tener en cuenta, con su pretendido afán objetivista, que todo documento lleva consigo el gravamen de su intencionalidad, de su personal subjetividad, por decirlo así, y sin que se hurten a ésta, inclusive, las columnas y concentraciones estadísticas: subjetividad interna del ordenador y subjetividad íntima del manipulador o intérprete. Dos premisas a las que no escapan los documentos tenidos por más despersonalizados y objetivos, salvo quizá, arguye irónicamente Iglesia, el directorio telefónico (*Jornadas* 51, p. 18).

Frente a la seca estilística de la historia científica, desapasionada y aburridamente objetiva, débese escribir una historia bella, literariamente bien escrita, luminosa, filosóficamente formulada y humanamente entendida. Sólo así será posible situar a la historia en el horizonte cultural del hombre de hoy y se podrá rescatar a la ahuyentada masa de lectores, para que se dejen a un lado los mamotretos eruditos y mamotretillos y se dediquen con fruición a la lectura sucedánea de las historias noveladas.

Repaso autocrítico

En la década de los cincuenta, el doctor Leopoldo Zea, organizador del grupo Hiperión, jóvenes filósofos mexicanos interesados en indagar sobre el ser e identidad del mexicano, aceptó que en la colección *México y lo mexicano* aparecieran mis dos volúmenes titulados *México en la conciencia anglosajona*, análisis de libros y diarios ingleses y estadounidenses relativos a la Nueva

España (siglos XVI-XVII) y al México recién independizado (primera mitad del siglo XIX). El objetivo de estos trabajos fue indagar la imagen que se forjó de nuestro país y su gente el mundo anglosajón. La auscultación historiográfica dio por resultado el comprobar cómo en la pugna angloespañola del siglo XVI los británicos utilizaron todos los argumentos de la “leyenda negra” para desacreditar a sus enemigos. Esta herencia negativa fue aplicada al mundo novohispano y mexicano en tanto que descendientes sus habitantes del tronco hispánico por un lado y del indígena por el otro.

El *Humboldt desde México* (1950) constituye el desfile apretado de las opiniones que mexicanos representativos escribieron sobre el ilustre barón alemán y su obra el *Ensayo Político* novohispano. El espíritu crítico liberal culminaría con la opinión de Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, según el cual, el demiurgo viajero debe representar para los mexicanos el modelo a imitar; de aquí su consejo sobre la perentoria necesidad de *humboldtizar* a nuestro país por la vía científica de la desespañolización.

La *Historiografía soviética iberoamericanista* (1961), estudio histórico de los libros rusos sobre México, motivó una seria réplica por parte de los soviéticos. Repliqué a mi vez y critiqué la politización de la historia, puesta al servicio de los intereses del partido. Esto me acarreó la animadversión de los comunistas criollos que interpretaron mi contrarréplica como un ataque al marxismo y al pueblo ruso.

Polémicas y ensayos en torno a la Historia (1970) es un texto escolar que recoge, estudia y sitúa la idea de la historia de algunos de los más destacados historiadores mexicanos. Estudios sueltos, teóricos, críticos, que nos dan una idea del sentido y utilidad del conocimiento histórico desde el punto de vista mexicano. Hoy, a 21 años de su aparición, me encuentro revisando y poniendo al día el texto para su segunda edición, que aparecerá en la segunda mitad de 1991.

En 1976 apareció la *Evangelización puritana en Norteamérica*, en donde se estudia el dramático intento fallido de los “padres peregrinos” y de los “santos” de adoctrinar a los indios pieles rojas, y el fracaso por razones teológicas calvinistas (predestinación, vocación, santificación, elección) de la labor misionera protestante, que dio paso a la destrucción total de los indígenas.

La *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (1980) es un libro constituido por una serie importante de estudios de Guillermo Humboldt y Leopoldo Ranke, traducidos por mí del alemán, en donde se establecen los fundamentos de la historiografía positiva o científica, que se manifiestan en la definición de la historia como “lo que verdaderamente ocurrió”. Los opúsculos traducidos van acompañados de un estudio previo donde pongo de relieve los valores filosóficos y metodológicos del sistema objetivo-cientificista de entender el conocimiento histórico.

El conflicto angloespañol por el dominio oceánico (1982) presenta la pugna atroz entre el misoneísmo español del siglo XVI y la modernidad inglesa en la misma centuria. El éxito inglés permitió la presencia anglosajona en América y la continuidad del conflicto, en términos americanos, entre Angloamérica e Hispanoamérica, hasta el día de hoy.

En 1987 aparecieron tres libros: *Zaguán abierto al México republicano*, *Imagología del bueno y del mal salvaje* y *La idea colombina del descubrimiento desde México (1836-1986)*. Este último presenta el desfile crítico de los mexicanos más notables que, en ciento cincuenta años, han escrito o discurseado sobre Colón o sobre su hazaña descubridora. Cada uno de los autores trata su punto de vista positivo o negativo del acontecimiento y maneja las razones hispánicas o antihispánicas de su postura ideológica. El libro, en su parte final, da entrada a la polémica entre O’Gorman y León-Portilla, polémica trunca por cuanto a la posición historiográfica del primero, el segundo optó por ignorarla. Mi punto de vista intentó ser lo más objetivo posible y sólo subrayé que el silencio crítico del segundo privó por entonces a la historia de las ideas en México de un capítulo importante.

Por lo que se refiere a la *Imagología*, el método historiográfico empleado permite conocer lo que los conquistadores, colonos, clérigos y frailes pensaron sobre el indio. La conclusión fundamental del libro establece, tras un riguroso análisis de fuentes documentales, que no hay ningún impreso o escrito español de los siglos XVI y XVII donde se afirme que el indio era un animal.

A punto está de aparecer, tras más de diecisiete largos años de haber sido publicado, el opúsculo *Destino manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica* (Sepsetentas, 1972), que en la colección de los Noventa verá de nuevo la luz. El mensaje fundamental consiste en desentrañar la conformación norteamericana de dicha doctrina religiosa y política, en la que tuvo parte principalísima el terrible peso de la tradición antiespañola heredada de los británicos. En la primera parte se analizan los elementos teológicos (calvinistas y puritanos) del dogma, y en la segunda, los antecedentes y consecuencias históricas que contribuyeron al “predestinado” imperialismo de los Estados Unidos.

Pongo punto final a esta charla y remito al auditorio al contenido temático de mis principales obras, no sin declarar que me he sentido un tanto desasosegado y, más aún, apenado por haber tenido que hablar de mí mismo.